

¡Cómo se divertían! – Isaac Asimov

(adaptación)

El 17 de mayo de 2157, Margie escribió en su diario:

"Hoy Tommy encontró un libro de verdad."

Era un libro muy viejo. El abuelo de Margie le había contado que, cuando él era niño, su abuelo le dijo que antes todos los libros estaban impresos en papel.

Tommy y Margie miraron las páginas amarillas y arrugadas. Les pareció extraño leer palabras que no se movían en la pantalla, como estaban acostumbrados. Y cuando volvían a una página anterior, las palabras seguían siendo las mismas de antes.

—Qué desperdicio —dijo Tommy—. Cuando terminás de leer un libro así, ya no sirve para nada. Nuestra pantalla de telelectura puede tener millones de libros y siempre hay espacio para más. Yo no la tiraré nunca.

—La mía también —dijo Margie.

Ella tenía once años y no había leído tantos libros electrónicos como Tommy, que tenía trece.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—En mi casa —respondió Tommy sin dejar de leer—. En el altillo.

—¿De qué trata?

—De la escuela.

Margie hizo una mueca.

—¿De la escuela? ¿Qué puede haber para escribir sobre la escuela? La odio.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora la odiaba más que nunca. Su maestro mecánico le hacía prueba tras prueba de geografía, y cada vez le iba peor. Su madre, preocupada, llamó al Inspector del Condado.

El inspector era un hombre bajito y de cara roja. Llevaba una caja de herramientas llena de cables y botones. Le sonrió a Margie y le dio una manzana. Luego desmontó el maestro mecánico. Margie tenía la esperanza de que no supiera cómo volver a armarlo, pero después de una hora lo tenía listo otra vez. Ahí estaba, grande, negro y feo, con su enorme pantalla donde aparecían las lecciones y preguntas.

Eso no era lo peor. Lo que más odiaba Margie era la ranura donde debía meter su tarea y sus pruebas. Tenía que escribir todo en código de perforación, un sistema que había aprendido cuando tenía seis años, y el maestro mecánico corregía sus respuestas en un instante.

Cuando terminó de revisar la máquina, el inspector sonrió y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—No es culpa de la niña, señora Jones —dijo—. Me parece que el sector de geografía estaba ajustado demasiado rápido. A veces pasa. Lo bajé al nivel promedio de diez años. En realidad, su desempeño es bastante bueno.

Margie se sintió decepcionada. Había esperado que se llevaran al maestro mecánico para siempre. Una vez, el maestro de Tommy tuvo una falla en la materia de historia y tardaron casi un mes en repararlo.

—¿Por qué alguien escribiría sobre la escuela? —le preguntó a Tommy.

Él la miró con superioridad.

—Porque no es nuestra escuela, tonta. Es la escuela de hace cientos de años.

Margie se sintió un poco herida.

—Bueno, yo no sé cómo era la escuela en esos tiempos.

Se puso a leer el libro sobre el hombro de Tommy y luego dijo:

—De todas formas, también tenían maestros.

—Sí, pero no eran como los nuestros. Eran personas.

—¿Personas? ¿Cómo iba a ser un maestro una persona?

—Bueno, les enseñaban a los chicos, les daban tarea y les hacían preguntas.

—Pero una persona no es lo bastante lista para ser maestro.

—Sí que lo es. Mi papá sabe tanto como mi maestro mecánico.

—No puede ser. Ninguna persona sabe tanto como un maestro mecánico.

—Apuesto a que sabe casi lo mismo.

Margie no supo qué responder.

—Yo no querría que un hombre extraño viniera a mi casa a enseñarme —dijo.

Tommy se echó a reír.

—No sabés nada, Margie. Los maestros no vivían en la casa. Tenían un edificio especial y todos los chicos iban allá.

—¿Y todos aprendían lo mismo?

—Claro, si tenían la misma edad.

—Pero mi mamá dice que cada maestro debe ajustarse a la mente de cada chico y que cada uno debe aprender diferente.

—Antes no lo hacían así. Si no te gusta, no leas el libro.

—No dije que no me guste —respondió Margie rápido. Tenía curiosidad por esas extrañas escuelas.

Todavía no habían terminado de leer cuando la madre de Margie la llamó:

—¡Margie, escuela!

Margie levantó la vista.

—Todavía no, mamá.

—¡Ahora mismo! Y seguro que Tommy también tiene que hacer sus lecciones.

Margie miró a Tommy.

—¿Puedo seguir leyendo el libro con vos después de la escuela?

—Tal vez —respondió Tommy sin darle importancia. Se alejó silbando, con el viejo y polvoriento libro bajo el brazo.

Margie entró en su escuela. Estaba justo al lado de su habitación, y el maestro mecánico ya estaba encendido, esperándola. Siempre se encendía a la misma hora todos los días, excepto los sábados y domingos, porque su madre decía que los niños aprendían mejor con horarios regulares.

La pantalla brilló y apareció el mensaje:

"La lección de aritmética de hoy trata sobre la suma de fracciones. Por favor, inserte la tarea de ayer en la ranura correspondiente."

Margie suspiró y obedeció.

Pero su mente no estaba en la aritmética. Seguía pensando en la escuela de los viejos tiempos, cuando los niños iban juntos al mismo lugar, reían en el recreo, se sentaban en la misma aula y volvían juntos a casa. Todos aprendían lo mismo y podían ayudarse con la tarea, hablar de lo que habían estudiado.

Y los maestros eran personas...

El maestro mecánico parpadeó en la pantalla:

"Cuando sumamos las fracciones $1/2$ y $1/4$..."

Pero Margie ya no prestaba atención. Estaba pensando en lo divertido que debía haber sido aprender en esos días.